

CALLES HABANERAS.

CALLE DE LA LUZ.

Por Guillermo Herrera.

Policia abril 1943.

abril 1943 Policia

PUERTA tarde del año 1742, el Gobernador General de la Isla de Cuba llegó, jadeante, a un tugurio de guano y tabla de las proximidades del litoral donde estaban las murallas del **baluarte de Paula**. Había recorrido con su comitiva el largo trecho de la **Puerta de la Tenaza** a aquel lugar y tenido que salvar furnias y zanjas. El Regidor Don José Cipriano de la Luz habitante del tugurio, le ofreció hospitalidad y su esposa un tazón de reconfortante **ponche de leche**.

El Gobernador, agradeciendo los agasajos, le dijo al Regidor en punto de partir: «Os voy a obsequiar unas tierras para que ampliéis vuestra vivienda; os daré ésas... y señaló parte del terreno donde estaban unos lienzos de muralla condenados a desaparecer meses después, ya que el recorrido aquel, había tenido por objeto hacer una inspección, personalmente, antes de ordenar las obras de demolición. Allí nació la calle «de la Luz».

Dicho Don José Cipriano, fué abuelo del gran educador Don José de la Luz y Caballero y digo tal, deduciéndolo de la Partida Bautismal de este último existente en el archivo de la iglesia del Espíritu Santo, que copiaré literalmente:

«Lunes 21 Julio de 1800 años. Yo, Don Francisco de Paula Celi, Teniente de Cura Beneficiario de esta parroquia del Espíritu Santo de esta ciudad de la Habana y Calificador del Santo Oficio, Bauticé y puse los Santos Oleos, a un niño que nació a once del corriente, hijo legítimo del Teniente Coronel Regidor Perpetuo de esta ciudad Don Antonio de la Luz, natural de esta dicha ciudad, el cual lo es de Don José Cipriano y de Doña Ana Poveda de Aguiar y de Doña Manuela Teresa Caballero de la misma naturalidad, la cual lo es del Caballero Regidor Don Luis Ignacio Caballero y de Doña María Gertrudis González de la Torre y en dicho niño, ejercí las sacras ceremonias y preces y le puse por nombre José Cipriano Pío Joaquín. Fué su padrino el dicho Caballero Regidor Don Luis Ignacio Caballero, su abuelo, a quien advertí el parentesco espiritual que contraí y lo firmé. Dr. Francisco de Paula Celi».

No sé si estaré repitiendo la cita de algunos de nuestros historiadores; pero creo que no, ya que he leído mucho sin haber encontrado noticia del parentesco del Regidor con el Educador.

La calle de la Luz, la cruzan las de Oficios, Inquisidor, San Ignacio, Cuba, Habana y Compostela y llegan a ella las Alamedas, Damas, Aguacate, Picota, Villegas y Curazao; y empieza en Egido y acaba en la Alameda de Paula, donde la calle, que es estrecha, se extiende en una gran plazoleta con la perspectiva de un pedazo del litoral bordeado de muelles plenos de actividades. Esa plazoleta en el pasado, fué la antesala de la Habana, que allí ha hecho siempre la recepción de los extranjeros llegados a Cuba desde tierras lejanas, usando los distintos tipos de embarcaciones que ha tenido la navegación marítima.

La perspectiva del pasado, fué una línea de muelles con tinglyados de zinc, descubiertos, de rústica madera sobre horcones; hoy la perspectiva es un gran bloque de edificios de cemento.

Es la de la Luz, la única calle habanera con dos edificios religiosos ocupados por oficinas del Estado el año 1943, que son: el ex-Convento de Santa Clara, (lo ocupa el Ministerio de Obras Públicas) y la iglesia y Colegio de Belén, fundado en 26 de Noviembre de 1828 (lo ocupa el Ministerio de Gobernación).

Los padres de la Compañía de Jesús, vendieron el edificio de Belén y las monjas el del Convento; pero salvo pequeñas modificaciones interiores necesarias para la adaptación, allí están Belén en las esquinas de Compostela y el Convento entre las calles de Habana y Cuba, ofreciendo su arquitectura típica que incluye el campanario, las puertas con arcadas, los ventanales sombríos y los enormes paredones que guardaron los secretos del claustro.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Ahora se pasa por frente del edificio del Convento con un poco de decepción en virtud de asegurarse que, después de su venta, algunos especularon con la leyenda que nos hizo gratos «La Casa del Marino», los antiguos baños públicos, «el primer Matadero» y muchas cosas miliunochescas halladas dentro de sus muros; pero cuando se pasa por frente de la iglesia de Belén, se evoca, por ser de ella copia fiel, la fachada de la iglesia de **La Santa Cueva** de Manresa, que fué la cuna de la **Compañía de Jesús**; pues su fundador Ignacio de Loyola, llegaba a Manresa la tarde del 25 de Marzo de 1522, ya convertido del todo a Dios y aficionado a su imitación.

Al conjuro de la evocación nos figuramos ver al Reverendo Padre Benito Viñas, octogenario, de color de cera, menudo, enteco, dando a la prensa «el último boletín del ciclón próximo a visitarnos». Jesuita ilustre, meteorólogo de fama mundial, el Padre Viñas ha dejado un recuerdo impercedero que se aviva durante las temporadas ciclónicas de nuestro país.

En la esquina de Damas que hoy ocupa una bodega, vivió a principios del siglo, el hacendado Don Julián Garro, dueño de la hacienda e ingenio de su nombre (Zona de Bauta) donde en la revolución de 1906 (la de Agosto), fué muerto el General Quintín Banderas, que, en unión de Evaristo Estenoz y dos o tres revolucionarios más en momentos en que se disponía a alzarse.

El señor Garro fué víctima del mayoral del ingenio, en la siguiente forma: Tuvo un altercado con dicho mayoral y como resultado del acaloramamiento, le dió una bofetada. El agredido, no respondió, sino que esperó a que el señor Garro regresara a la capital, a su residencia y, en la noche, lo acechó cuando viajaba en su volanta y sin ser visto le dió una certera puñalada que lo dejó exánime. El mayoral se marchó con todo sigilo sin ser sospechado siquiera.

Estando Don Julián ya muerto, subió a la sopanda (parte trasera de la volanta), un mozalbete de color que fué visto al bajarse y a quien se atribuyó el crimen referido.

El año 1840, la familia de apellido Zuazo, era la que mayor número de fincas urbanas poseía en la calle de la Luz; y éstas eran las marcadas con los números 25, 26, 27 y 89 de Antonio;

la 45 de Joaquín y la 57, 87 y 88 de María de las Nieves. Propietarios, de la número 1 era Manuela Aragón, de la 2 Francisco Morales del Castillo, de la 8 Juan Rebollo, que vivía en Mercaderes número 32, y de la 4 los herederos de Don J. Guitart.

El 24 de Octubre de 1850 fué enterrada en el cementerio particular del Convento, Sor María de los Desamparados. A los ciento cinco años de edad conservaba sus facultades mentales; pero estaba ciega. Había entrado en el Monasterio de Santa Clara a los siete bajo los auspicios de una tía que había sido una de las fundadoras de la Casa y ni aún había salido del mismo antes de profesar según es costumbre, habiendo renunciado a la prueba por lo convencida que estaba de su vocación. Tomó el hábito a los quince años (1745), profesó cuando tenía diez y seis y fué monja durante 90 años.

En el año 1877 había en la casa número 33 una Academia Mercantil que dirigía B. Rolan, y en el 58 otra de Antonio Soler Carrio, y residían en la número 53 el abogado Dr. Francisco Agüero; en el número 95 el también abogado Arturo Arias Cirastegui; en el 21 Tomás Bartalot, que se dedicaba a la composición de armas de fuego; y en la casa marcada con el número 21 tenía el Colegio «**Nuestra Sra. de los Dolores**», la profesora Ana Parlet de Tejedor.

El año 1881 había en la esquina de San Ignacio y de la Luz, una de las Estaciones del Cuerpo de Bomberos del Comercio de la Habana creado en 1873, con Estación Central en Sol número 110 y del cual era Jefe nato el Dr. Juan Ramón de Haro y Primer Jefe Don Aquilino Ordóñez, para en caso de alarma de incendio transmitir la noticia, telegráficamente, a la Central.

El año 1882 había en la casa número 45 una prendería de Doña Lola Padrón; en la 30, la mueblería «El Globo» de Pereira y Hermano, y en el 40 la mueblería «La Noble Habana», de Eusebio Sánchez.

En la casa número 26, estuvo en 1885 la casa de préstamos de Carballol y González; en la 33 la de Enrique Creus y Compañía; en Luz y Oficios, portal, la ferretería «de Luz», de Martínez y Abascal; en la 19, el establo de carruajes de Boher que tenía otro en Reina número 10; y en el 67 residía con su familia el abogado Dr. Miguel María Chomat y García.

En el mismo año 1885 existía en la casa número 21, entre Damas y Cuba, al fondo del Convento Santa Clara, un gran establo de lujo con magníficos carruajes y hermosos caballos **de tiro y de sila**. Acaso, el mejor de la Habana. He ahí por qué cuando había que asistir al entierro de un pariente o de un amigo, los habaneros de entonces o iban personalmente al establo o usaban el teléfono número 178 para pedir un **cupé**, tipo de carruaje que por su severidad parecía el más adecuado para concurrir a un acto solemne. El precio del alquiler desde la casa mortuoria hasta la Necrópolis, era de tres pesos en billete, y siempre se le daba al cochero un peso (Pasa a la página número 31)



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

de propina para que dejara al cliente

en su domicilio.

El automóvil desplazó al **cupé** de los entierros, como desplazó a las carrozas tiradas por dos y hasta cinco parejas de caballos negros con penachos y gualdrapas que lucían imponentes, igual que el cochero que iba uniformado funebremente como también los **zacatecas** que daban escolta a la carroza, con tricornio, casaca, calzón corto y medias blancas, todo negro y todo galones dorados por arriba y por abajo. Los **zacatecas** deberían llevar zapatos bajos para que armonizaran con las medias blancas; pero se repetían los casos en que llevaban puestos los botines de uso diario, provocando la hilaridad del público que veía cruzar los entierros.

Los cocheros de **cupés** y demás vehículos de lujo, también estaban uniformados con levita inglesa color azul oscuro y botones dorados, pantalón blanco, medias botas de charol y bomba de pelo, y eran casi todos de la raza de color, que parecían estatuas sobre los asientos, siendo muy respetuosos. Solían llevar un paje, que se encargaba de abrir la portezuela para que entrara o saliese el pasajero, en cuyo momento se inclinaba hacia adelante, con la bomba en la diestra. Siempre que se pedía un carruaje para un entierro, se le decía al dueño del establo: «**procure mandar un cochero de color**». Aquellos cocheros, viejos o jóvenes, eran por esa circunstancia muy considerados en los establos, a cuyas puertas siempre se sentaban después de hacer la limpieza de los vehículos que regresaban llenos de polvo o de fango, pues la Calzada San Antonio Chiquito que conducía a la Necrópolis, fué de tierra hasta la Intervención Americana del año 1901. Además, aquellos cocheros gozaban de cierta jerarquía entre la clase; pues estaban al margen del clandestinaje y de las aventuras amorosas que tenían por radio de acción la ciudad de noche.

En la esquina de Oficios y Luz tuvieron sus palacios el Marqués de Sandoval y el Conde de Casa Barreto. Allí permanecen los edificios, conservando el de Barreto casi íntegramente el aspecto colonial: balcón corrido, cuyas ménsulas son de **vaba**, ventanas bajas y estrechas con balastradas de madera torneadas, un gran patio, y en la planta alta, algunos frescos murales.

Al hacer la compra del edificio el año 1921 el señor Manuel Soto, ordenó algunas obras para su adaptación a vivienda y comercios, habiendo encontrado los albañiles una pared que golpeada, sonaba a hueco, por lo que la demolieron, surgiendo a la vista de los obreros una colección de volúmenes y documentos que pocos días después fueron trasladados a la iglesia de Belén.

Ha habido varios condes de Casa Barreto y si nos atenemos a una razón de antigüedad, debería buscarse entre los primeros propietarios del título nobiliario, al constructor del Palacio. La genealogía de esos nobles, empezó en principios del Siglo VIII en que era militar en La Habana, don Antonio Barreto de Tabares. El año 1721 fué Regidor Alcalde Provisional, cargo que al morir don Antonio, se traspasó a su hijo Jacinto Tomás, al cual, ya anciano —dice Pezuela— se confió en 1776 el título de Conde en premio de los servicios y anticipos pecuniarios prestados al gobierno durante la guerra entre España y Gran Bretaña. Desde 1779 a 1783 su hijo de igual nombre ocupó importantes cargos y fué un tenaz opositor del proyecto que se formó en La Habana en 1808 de establecer una Junta Provisional para la gobernación del país. A éste segundo Conde le sucedió en 1822 su primogénito José Pascual; pero muerto a poco, recayó el título, un año después, en su hermano Nicolás, íntimo amigo del General Francisco Dionisio Vives que recompensó sus servicios para restablecer la tranquilidad en el pueblo en 1823, consignándole la Gran Cruz de Carlos III. Este cuarto Conde falleció en 20 de Marzo de 1827 y lo heredó su hijo Francisco Hipólito Berrera y Beitía, muerto en 1849, «extinguiéndose la descendencia masculina» —sigue diciendo Pezuela,— y agrega, además, que al ocurrir la muerte del Conde, las ráfagas de un temporal hicieron desaparecer su cadáver.

Es admisible que el constructor del Palacio de la calle de Luz, fuera del primer Conde (Jacinto Tomás Barreto) al que ya conocemos lo suficientemente rico para prestar dinero a la Corona, y por ende, para sufragar los gastos de la fabricación suntuosa.

El título de Conde de Ccsa Bayona, no fué adquirido por dinero, como tampoco lo fueron los de Conde Romero, Conde Pozos Dulces, Conde de Jibacoa, Conde de Casa Lombillo, Conde de Fernandina, Marqués de Almendares, Marqués de Peñalver, Marqués de Aguas Claras y algunos otros de rancio abolengo aristocrático, por lo que sus poseedores no se consideraron aludidos por el escritor guanojeyense Joaquín Aramburu, que el año 1894 dijo en su periódico «La Luz», que la mayoría de los títulos nobiliarios de Cuba, habían salido de un fardo de tasajo, cuando no de un tabol de bacalao.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Que el Conde de Casa Barreto era inmensamente rico, se deduce de una estadística azucarera en la cual hallamos los nombres de los ingenios de la provincia de Matanzas que poseía: «Río Hondo», «Santa María del Rosario», «Esperanza», «Santa María» y «San José» en Jaruco; cuyo conjunto de **cachimbo**s, que era como se llamaba a los primitivos ingenios, representarían el valor en millones de dos **centrales** azucareros de los de ahora.

Al hacer mención del Conde de Casa Barreto los que se creen bien enterados, exclaman: «¡Ah me acuerdo del bombín de Barreto!». Pero están diciendo un embuste si intentan referirse al título de Castilla; pues «El Bombín de Barreto» no fué otra cosa que un danzón que alcanzó gran popularidad en La Habana, durante el período presidencial del General José Miguel Gómez, compuesto a base de la moda del bombín que fué uno de los primeros habaneros en adoptarla, Marino Barreto, cronista de sociedades de color de «La Discusión» que gozaba de generales simpáticos y pasados los años, marchó a España para ejercer la profesión dental, en un gabinete de Sevilla que era visitado por la nobleza española. Marino Barreto, además, era un excelente músico (tocaba el violín) y hubo de regresar a La Habana con motivo de la guerra civil, totalmente arruinado, a causa de que los revolucionarios no respetaron sus propiedades.

En dicho palacio residió y murió, según la tarja que aparece en la esquina por la calle de Oficios, el explorador del Artico doctor Elisher Kent Kane. La causa de la Fraternidad, —reza la inscripción de la tarja— se ve reflejada en la Masonería. Dicha tarja fué presentada a la Gran Logia de la Isla de Cuba por las Logias de Estados Unidos a fin de perpetuar entre los cubanos el nombre del explorador masón.

Alrededor del Conde de Casa Barreto se ha hecho una leyenda

truculenta donde se le pinta rico y poderoso hacendado que solía llenar su zaguán de sacos de azúcar, y cuando los vendía, para celebrar las ganancias obtenidas, llamaba a un grupo de mendigos a los cuales arrojaba, desde el balcón puñados de monedas. Tan pronto aquellos desgraciados empezaban a revolcarse disputándose la posesión del dinero, el Conde saltaba ya juría para satisfacer crueles instintos con el espectáculo escalofriante de hombres y mujeres despedazados. El palacio del Conde Barreto estaba rodeado de un bosque natural de palmeras y cocoteros y al fondo

se destacaba un pequeño molino continuamente en acción, pues lo movían las aguas de una zanja que venía de la calle Egido, bifurcaba frente al palacio y seguía hacia el mar cercano; siendo ese el origen del nombre del lugar conocido por «El Molinillo».

Otra leyenda pinta al Conde recostado cierta tarde en el barandal de la parte del balcón correspondiente a la calle de la Luz, en ocasión que uno de sus quitrines se había atascado al tratar de salvar la zanja. Montado en cólera, gritó al calesero que saliera de aquel lugar, y como le fuera imposible por el momento, el noble señor mandó matarlo.

Nosotros no tenemos un sólo dato suficiente a constatar la veracidad de ambas leyendas y otras por el estilo, por lo que así lo decimos temiendo a la injusticia de hacer odiable a un hombre que a lo mejor se limitaba a aprovecharse del feudalismo a que le daba derecho su título y a enriquecerse.

El palacio del Marqués de Sandoval conserva menos tipicisms, debido a haber sido objeto de transformaciones sucesivas. En el local que hace esquina, el año 1850 se estableció el café y fonda «La Victoria». En las cocheras y caballerizas por la calle de Oficios, se contruyeron locales para comercios; siendo uno de los más antiguos la barbería de Feliciano Moneo, quien vive aún y posee excelente memoria para acordarse de nombres y fechas y sucesos de aquel sector.

Ha pocos años, mientras varios albañiles hacían unas reparaciones en el patio de la casa, encontraron a diez metros de profundidad una galería que presumiblemente construyó el Marqués para caso de un ataque de los piratas, poder escapar con su familia ¡sabe Dios hacia donde! pues dicha galería no fué objeto de ninguna exploración.

En tiempos de la colonia se hospedaban en la fonda los carboneros que desde los montes del interior venían a saldar sus cuentas a La Habana a donde remitían la mercancía en grandes sacos a través de una flota de goletas que atracaban en los muelles de Caballería, de Luz y de Paula. Esos carboneros solían llegar en las goletas y después que se instalaban en los cuartos altos de la fonda, cuartos hechos con tablas, porque en la época del Marqués habían sido aristocráticos salones donde bailaron el **minué** los Capitanes Generales, no salían a la calle más que para arreglar sus asuntos, temerosos de que les robasen el dinero que llevaban guardado en las puntas de los pañuelos de **Bavaja**, hechos nudos, según costumbre de los esclavos con los cuales tenían trato directo aquellos industriales de tierra adentro. Los carboneros que por razón de su oficio estaban obligados a ser frugales, a comer lo que encontrasen en los montes, se resarcían cuando estaban en La Habana, celebrando en la fonda grandes comilonas a las que asistían los patrones de las goletas y algunos importadores del producto como Joaquín Coello. Uno del grupo se encargaba de hacer un menú que casi siempre era desechado al intervenir el cocinero de «La Victoria» en defensa del plato nacional o sea **frijoles y arroz con tasajo** brujo rociado con legítimo vino tinto español, dulce de guayaba y queso del país, y

PRIMONIO DOCUMENTAL
 OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

un tabaco de aquellos que se vendían en **yaguas**. Era exactamente lo que comían en los montes donde hacían el carbón; pero en La Habana les parecía manjar de dioses porque nada hace más grato una comida que la reunión de los amigos. Las comilonas aquellas tenían un final paradójico; pues después de comer en criollo, lo natural (hubiese sido que oyeran el **triple** en vez de oír la **gaita** que tocaba un ciego nombrado Sebastián Regúlez, que había sido tramoyista del «**Teatro Principal**», el primer coliseo que hubo en La Habana y

acerca del cual hablaremos un poco, ya que dicho teatro existía a muy corta distancia de la calle de la Luz y de las señoriales residencias del Marqués y del Conde.

Contigua a la fonda por de la Luz, estuvo el café «**La Cueva**» y a la vez contiguas al café dos regias mansiones donde estuvieran las oficinas de Aponte y Rojo, importadores de carbón y de una Compañía Naviera propietaria de los vapores costeros «**Desiderio**» y «**Estrada**» y la residencia de José Cabrera, en cuya puerta había y allí sigue, un escudo con un ancla. Estas residencias tenían varias plantas y las escaleras eran de mármol, detalle humillante para los palacios cuyos dueños por cálculos unas veces y otras para adelantarse a nuestra generación con el ejemplo, hacían alarde del uso de las maderas cubanas; como la caoba de la cual eran los marcos de las puertas; como eran de jiquí las vigas de los techos, y de roble las balaustradas y las escaleras.

Todavía quien llegare al patio del palacio del Conde de Barreto y viera una enredadera trepando audaz por un horcón del portal del primer piso en busca del canal del tejado, se creería transportado a aquella mansión de opulencia y de aristocracia.

Hace infinidad de años que existe una botica en el edificio de la Luz y San Ignacio. El actual propietario doctor Augusto Lecuona, ha modificado el edificio en su exterior, pues a la esquina que tenía un viejo horcón para defensa contra accidentes callejeros, la cortó en chaflán y las puertas de madera las sustituyó por puertas metálicas; el cariz colonial sigue allí contenido en el balcón y en el tejado y en algunas argollas de las antiguas caballerizas. —¿Será verdad la versión de que esa fué la casa de la familia de Gamboa, protagonista de la novela «**Cecilia Valdés**» cuyos personajes sacó don Cirilo Villaverde de la vida real?

Seguimos adelante explorando el pasado de la calle de la Luz y en la esquina de Cuba hallamos un severo edificio de dos plantas, pero que no posee siquiera el más mínimo detalle de la arquitectura colonial, una de cuyas características fué el techo de tejas, los balconillos, las ventanas bajas y estrechas. En esa mansión hubo de residir el Marqués de la Real Campiña, cuya opulencia y buen gusto testimoniaron la monumental escalera existente aún en el zaguán construida con escalones enterizos de mármol importado de Carrara y barandal y pasamanos de bronce. El Conde no hizo más elevado aquel palacio, porque las Ordenanzas Municipales de la Colonia contenían la tácita prohibición de hacerlos de modo que no permitiésen observar, el interior de los Monasterios. El de Santa Clara estaba enfrente. Desde la azotea del palacio se veía una porción del patio y algún perdido ángulo del claustro. Al costado del Monasterio, en la calle Cuba, muy próximo a la calle de la Luz el año 1885 poseía el Colegio «**El Sagrado Corazón de Jesús**» un venerable sacerdote, el Pbro. Francisco María Bonet, que enseñó las primeras letras a casi todos los hijos de las familias linajudas que residieron en el barrio de San Isidro, Condes y Marqueses que en su oportunidad desfilarán por estos relatos retrospectivos y al que nos parece ver envuelto en raída sotana, trotando por la calle de la Luz, mientras repartía estampitas y bendiciones, según acostumbraban hacer los sacerdotes con los transeúntes que les interrumpían el paso para decirles: «**La bendición padre**» y que solían convertirse en verdaderos asaltos a la hora de la salida de los colegios porque los niños y niñas querían ser los primeros en alcanzar la gracia y en obtener las estampitas que después iban a parar entre las hojas de los libros de texto. ¡Cuántas estampitas de aquellas yacen todavía después de un siglo en los libros de misa que fueron de nuestros abuelos!

Policia, abril 1943

PD

**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

POR LA ESCUELA CURANA EN CUBA LIBRE



En esta foto de una esquina de la calle de la Luz pueden verse los entresuelos medievales que hablan de un pasado romántico y evocador: la señorita, la volanta y el calesero.

Policia, abril 1943



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA